

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
	Pesetas
Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	3 pesas

CORRESPONSALES	
25 números de EL MOTÍN.	2,50
Idem del Suplemento....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN
15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

ALMANAQUE DE EL MOTÍN

para 1890

Precio: UNA peseta.

Se ha puesto á la venta.

Los suscriptores que estén al corriente, y los que se pongan en todo el mes entrante, lo recibirán gratis.

EMILIO AUGIER

Acaba de morir el que yo creo más grande de entre todos los autores dramáticos contemporáneos.

Augier vivía hacía ya mucho tiempo en su casita de Croissy, alejado de París, entre su familia, rodeado de sus íntimos, y aislado por el infranqueable foso de su modestia de todos los alaridos del reclamo y todas las indiscreciones del *reporterismo*. Las puertas de su casa, hospitalariamente abiertas para todos, se cerraban con invencible obstinación ante quien trataba de traspasar sus umbrales para recoger un dato, un apunte siquiera, acerca de su vida ó de sus costumbres para lanzarlo á la publicidad. Augier, el viejo autor dramático, el domador incansable de esa terrible fiera que se llama el público, enrojecía como una doncella ruborosa ante cualquiera que le interrogase acerca de asuntos del teatro, de sus obras, de sus proyectos, de sus planes en cartera... y para cortar este, para él, doloroso sufrimiento de lo que llamamos ahora «interview», Augier se escondía y se ocultaba á las ávidas miradas de las gentes del oficio.

Pero cuando se dirigían en su busca los jóvenes principiantes en demanda de protección y los naufragos de la miseria pidiéndole socorro, entonces el autor de *Les Fourchambault* vaciaba su bolsa, para aliviar las desgracias de los unos y las profundas reservas de su experiencia, para enderezar los vacilantes pasos de los otros.

Augier no tiene, como él mismo ha dicho, biografía; nació en 1820, y desde entonces no hizo nada de particular... ¡si se exceptúan sus comedias!

La primera vez que le vi fué en el *foyer* del teatro Francés, hace ya de esto más de diez años; acababa de estrenarse *Les Fourchambault*, una de las comedias del repertorio moderno que más me han impresionado, y él hablaba en voz baja con el voluminoso Sarcey, procurando pasar inadvertido entre la muchedumbre de medianías que invadía los alrededores del despacho de Claretie. Tuve necesidad de que me repitiera mi acompañante el nombre de Augier, para convencerme de que estaba frente al más grande de los autores dramá-

ticos contemporáneos, frente al autor de la obra que se estaba representando y que yo imaginaba más acreedor del aplauso y de la adulación general que el mismo Constancio Coquelin que acababa de representarla y cuya *loge* estaba llena de gente.

Después le he visto, le he vuelto á ver, en su casita de Croissy, hace apenas unos meses, enfermo ya y casi desahuciado por los médicos, que todos los días le prometían la salud definitiva, y que no se oponían en manera alguna á que distrajera su contristado ánimo con todo género de visitas. No creí nunca, sin embargo, que el desenlace de su vida estuviera tan próximo; así es que la noticia de su muerte me ha causado impresión muy penosa. Ahora, hace pocos días, cuando estuve en su casa, situada entre Chatou y el Sena, rodeada de aquellas otras casitas, en donde viven sus sobrinos enfrente del antiguo Castillo de la Dubarry, le vi disgustado por la prolongación de su enfermedad y la recrudescencia de sus sufrimientos, al mismo tiempo que echaba de menos al marido de su sobrina, á Pablo Deroulede, y esperaba volverlo á ver para felicitarle, entre enojado y contento, por la terminación de sus aventuras «*boulangéristas*». No era ya aquel Augier gallardo, alegre y decididor, parisiense de pura raza que maldecía el trabajo y entonaba canción de amores á la holganza... No; en su lugar estaba *le père Augier*, anciano tendido en un sillón, contemplando tristemente la campiña por los abiertos ventanales de su estudio, ocultando á medias su inteligente cabeza entre los almohadones del respaldo y dejándose llevar de los soñolientos recuerdos de su juventud y de sus grandes triunfos.

Augier estaba allí, como dice el pueblo, de cuerpo presente, asistiendo en vida á los funerales de todo un pasado glorioso. Le vi, estreché su mano verdaderamente conmovido y hablamos poco, muy poco, del teatro y de su actual situación, porque siempre le molestaba hablar de lo que él llamaba... «*esas cosas*». Me despedí de él, hasta muy pronto, hasta la vista... y efectivamente; ¡ya no le volveré á ver más!...

Emilio Augier ha dejado un enorme repertorio de obras maestras, de esas que quedan, que pasarán á la posteridad, porque su teatro es profundamente humano; *Le joueur à flûte*, *L'homme de bien*, *Le mariage d'Olympe*, *Le gendre de M. Peirier*, *Les Éfrontées*, *Les Fourchambault*, *Le fils de Giboyer*, *Les Lionnes-pauvres*, *Maitre Guerin*, *Diane*, *L'aventurière*, *La contagion*, *Paul Forestier*, *Le pierre de touche* y *Madame Caverlet*, constituyen una hermosa falange de obras de extraordinario mérito y que

colocan el nombre de su autor á la cabeza de la literatura dramática francesa.

Augier no es, ni mucho menos, el autor que hemos soñado los que aspiramos á ver consagrada la fórmula naturalista en el teatro. Moviéndose sus personajes dentro del actual convencionalismo escénico sin lanzarse jamás en una innovación, en una reforma peligrosa, Augier ha creado un mundo de personajes reales, que viven, que tienen nervios, sangre, huesos, que son hombres, en una palabra, y que muchas veces, en más de una obra, llevan sus atrevimientos (lo que llaman crudezas los bastardos del genio) hasta donde podían llevarlas personas de buena educación que se vieran forzadas á manifestar sus afectos íntimos delante de gentes, con corrección y con elegancia. Jamás olvidó Augier que al levantarse el telón los hijos de su fantasía estaban obligados á hablar delante de un público, y con su talento prodigioso, con la exquisita delicadeza que le distinguía veló las frases más duras, suavizó los relatos más ásperos, y modeló de tal suerte las más repugnantes figuras, que dijo siempre lo que quiso decir, que llegó adonde quiso llegar, analizando cuanto le plugo, creando, en virtud de la franqueza de su genio y de la habilidad de sus procedimientos, el teatro más humano y más imperecedero de cuantos se han producido en lo que va de siglo.

Partía de la realidad para llegar hasta los límites de la convención teatral, y no al contrario, y he aquí su mérito en un tiempo en que es tan frecuente un teatro basado sobre la ficción, la mentira y el convencionalismo, y en el cual se mueven á la fuerza figuras que sólo tienen de humanas los nombres con que el autor las bautizó al escribir el reparto de la obra.

La principal cualidad de Augier ha sido el vigor, que llevaba hasta tal grado, que en más de una ocasión ha asombrado al público por la valentía de sus concepciones y por la exacta precisión con que ha planteado las situaciones más difíciles. Escribía en verso aquellas comedias en que tenía herir ciertas susceptibilidades, y en que con su gran conocimiento del «*metier*» adivinaba un peligro, usando entonces la rima como un capuz bajo el cual ocultaba artificiosamente una frase, una relación, un movimiento pasional que juzgaba peligroso abandonarlo natural y descuidadamente á las primeras impresiones. Por lo demás, era ardiente defensor de la prosa, en que ha escrito gran número de obras, y la defendía diciendo que con la prosa hay más libertad, y que la primera condición para escribir es la espontaneidad y la franqueza.

Si Augier hubiera nacido veinte años más tarde ¡quién sabe si hubiera sido el iniciador del teatro del porvenir! De todas suertes, su teatro, al igual que el teatro de Shakespeare,

de Rojas y de Molière, vivirá y vivirá eternamente, porque es un teatro humano, y porque las figuras que su genio creó no son autómatas, sino hombres, que, por serlo, nos conmueven hondamente.

Augier ha muerto, y comienza su apoteosis. Descubrámonos con respeto ante su sepultura.

LUIS PARÍS.

26 Octubre de 1882.

MALA VECINDAD

Creo no tener la culpa de que mi casero admita inquilinos que se vistan por la cabeza, ni que éstos tengan amas, ni éstas hijos.

Después de todo, tampoco él la tiene. Es propietario, explota su finca, y, pagándole bien, lo mismo le da arrendar una habitación á un cura que á una persona decente. No edificó ó compró la casa para distinguir entre vecinos laicos ó tonsurados, y le es indiferente que la cuota mensual de cada uno se haya reunido con la piqueta ó llana del albañil, la lima del herrero, las manos pulcras del presbítero, ó las manchadas de tinta del escritor.

Un duro vale siempre cinco pesetas, ya provenga de unas inspiradas cuartillas, de unos responsos bien entonados, de una sólida pieza de cerrajería, ó de un tabique firme.

Peró ¡ay! esta lógica de los caseros revienta á los inquilinos.

Figúrense ustedes que á mí me ha cabido en desgracia por vecino medianero un señor cura, con todas sus calamidades adyacentes: consorte espiritual y prole no escasa, ni silenciosa tampoco.

Para colmo de desdicha, hale dado á la santa familia de mi *vera* por habilitar para alcoba la habitación lindante con la mía, y sólo una hilada de ladrillos y dos capas de yeso nos dividen. ¡Así es que oigo cada cosa! Si yo tuviera confianza con mi tonsurado vecino, cuántas veces le hubiese dicho:

D. Facundo: Por lo que usted más quiera, aunque sea por el importe de dos misas al santo patrón de los sombrereros, ¿podría usted hacerme el favor de trasladar su dormitorio á otra habitación menos próxima al mío?

Peró la cosa está en que ni le trato ni nunca lo he intentado, y harto lo págo, ¡infeliz de mí!

¡Qué primera quincena de Octubre! Desde que amanecía ya estaban los vecinos en interminable charla.

—¡Ah! ¡ah!—prorrumpía el *píter* desperzándose.—¡Claudia! ¡Claudia! despáblate, que ya está amaneciendo. ¿No ves la luz que entra á chorros por las junturas de las maderas?

Bendita sea la del día
y el señor que nos la envía.

—Sí... sí, señor—respondía una voz femenil, velada por un sueño aún no extinguido.

—No seas perezosa; vamos, levántate.

—¡Jesús, y qué prisa por tomar el desayuno!

—¿Qué desayuno, blasfema? ¿No sabes que tengo que oficiar?

—Bu...eno: siempre tiene usted ganas de bromas.

—¡Qué bromas ni qué epístolas! ¿No sabes, desdichada, que el día quince he de pronunciar ese sermón en las monjas de?... ¿Ignoras que me valdrá seis duros? ¿Te olvidas de que los chicos están sin zapatos?

—¡Jesús! ¡Ni descansar en paz puede una! Que está cosa... que la otra... Vaya, ya estoy vestida, ¿qué se le ofrece á usted?

—Tráeme ese par de cuartillas que escribí anoche con ayuda de los sermonarios de González, Troncoso, Carrión, Moreno, Cebada, Planas, Sanz y Forés... Luego dices que los libros no sirven para nada; que valiera más gastar el dinero en garbanzos; y que...

—Sí, sí... Muchas matemáticas ó teologías para seis duros. Ahí tiene usted los papeles.

—Peró ven acá, ignorante. A ver si encuentras defecto en este exordio: «Respetable comunidad:»

—Justo, todos los piropos para las monjas, y para una...

—Pues ¿qué quieres? ¿Que pagándome ellas empezase: «Indecentísima corporación»?.. ¡Estaría bonito!

Así, día por día, fui enterándome del curso de la oración sagrada de D. Facundo, punto por punto y coma por coma.

Llegó el día señalado. A fuerza de oirlo interparedes sabía el convento en que iba á perpetrarse la oración de mi vecino, y allá me encaminé á la hora precisa.

Llegué al templo, que estaba rebotando gente, en ocasión que los oficiantes se sentaban para ceder la palabra á D. Facundo.

Subió éste al púlpito, y, previo el «Soberano Señor sacramentado», brindó la suerte á las monjas, á sus colegas en sacerdocio y al público.

Sin tropiezos de mayor cuantía pasó el exordio, mientras los fieles recitaban el Ave-María. Parecióme que mi vecino daba una ojeada ó un ojeo al manuscrito, pero ¡ni por esas! Cuando volvió á incorporarse, notábasele que había olvidado el papel.

Empezó la segunda parte con frases entrecortadas, sin ilación, orden, ni concierto; después pronunció algunas palabras aun sin orden gramatical: después se quedó mudo y atónico, mirando vagamente al auditorio después durante tres minutos, no dijo que era suya aquella boca...

Mas ¡oh numen inspirador de los curas adocenados! ¡Oh vastísimos arsenales de los predicadores zopencos! ¡Oh sectas masónicas! ¡Oh prensa impía! ¡Oh malhadado progreso! ¡Oh infausta civilización! Si no existieseis, sería preciso inventaros para sacar de apuros á los modernos Campazas. ¿Quién se apura en un púlpito teniendo tan ricos veneros que explotar?

Pensando en esto mi héroe, se creció en la pelea, y allí, entre furibundos gritos y no flojos puñetazos en el barandal del púlpito, salieron á relucir «esas perniciosas asambleas inspiradas por Satanás, que se reúnen en la sombra para acabar con nuestra religión sacrosanta; esas prensas que vomitan la inmunda baba de los demonios; ese mal llamado progreso que pretende arrastrarnos á los abismos de la perdición; esa pseudo cultura moderna que debiera llamarse barbarie liberal, y ¡qué sé yo cuántas brutalidades más pudo decir por miserias treinta pesetas y en desquite de su torpeza supina!

—¡Y pensar—me dijo un *sotanoide* de poco pelo que andaba por allí—que yo hubiera hecho un sermón mejor y por menos precio! Porque habrá usted notado que, entre ese fárrago de palabras, el misterio del día no parece. No se habrá calentado mucho la cabeza para componer esa cosa. Maldito el trabajo que le habrá costado.

A lo que le respondí:

—Mire usted. Puede ser que no le haya ocasionado gran gasto de fósforo cerebral; pero á mí, que soy su vecino inmediato, solamente la primera parte me ha salido por cinco ó seis cajas de acónito, dos ó tres kilos de tila y no sé cuántos papeles de mostaza.

—¿De modo que usted vive en la misma casa de ese señor?

—Sí, por desgracia; y le aseguro á usted que en cuanto sospeche que tiene otra contratada, me traslado de domicilio.

Aprecio mucho al doctor Esquerdo, pero no estoy dispuesto á convertirme en pupilo suyo.

J. G. L.

HIGIENE MÍSTICA

Al consejo deliberante (municipio) de Buenos Aires, se ha presentado un proyecto de ordenanza, cuyos principales artículos son los siguientes:

«Artículo 1.º Desde la promulgación de las presentes ordenanzas, queda prohibido tener en las iglesias, para el uso del público, el agua llamada

bendita, contenida en pilas ó en cualquiera otra clase de recipientes.

Art. 2.º Queda igualmente prohibido colocar imágenes en busto al alcance de los labios de los fieles, para evitar que sean besados tanto el busto como sus vestidos.»

Siguen otros varios, referentes á que los templos estén más limpios de lo que se acostumbra, que reunan las suficientes condiciones de luz y ventilación, que sus puertas giren hacia afuera y estén completamente abiertas durante la celebración de los oficios.

El art. 6.º añade:

«Los toques de campana no podrán durar más de cinco minutos, quedando prohibidos los repiques dobles, etc.»

Meditemos y comentemos el mencionado proyecto.

Bien está lo dispuesto en el artículo 1.º, porque son tan sucios los beatos de ambos sexos, que, en su mayoría, no se lavan las manos mas que cuando las meten en las dichosas pilas. Esa fea costumbre será muy piadosa, borraré los pecados veniales, ahuyentará los demonios, tendrá todos los méritos espirituales que se quieran; pero ¿dejará de ser una porquería, lo mismo á orillas del Plata que del Manzanares?

Un amigo mío ha renunciado á ir á la iglesia desde que un devoto carbonero le ofreció el agua regeneradora con sus ennegrecidos dedos, y, al aceptarla, se puso la frente hecha un muestrario de la mercancía de su piadoso compañero.

Otro hacía en la pila de su parroquia estudios químicos, pues, según él, en ninguna parte como allí encontraba tantas y tan diversas sustancias.

Otro... pero ¿á qué citar casos? Lo esencial es que todos convienen en que las pilas son un conjunto de suciedades, sin mezcla de agua pura.

No es tampoco inoportuna la prohibición de poner las imágenes fuera del alcance del morro de todo fiel cristiano. Aquí en Madrid abundan los crucifijos puestos de modo que hasta los niños alcancen á besarles los pies; y ¿quién calcula los males que esto puede acarrear? ¿quién, sin peligro, pone sus labios donde antes los puso alguno que padece en los suyos cualquiera de las múltiples enfermedades de fácil transmisión? Y, sobre todo, ¿quién besa impunemente donde una beata que acaba de dar un ósculo en la nauseabunda faz de un presbítero?

En lo que disiento del proponente es en lo de pedir luz abundante para las iglesias. Nada de eso. Deben ser oscuras, y, cuanto más, mejor, como conviene á los *ratas* y á los cortos de fe, pero largos de manos por lo que á las hijas de Eva atañe.

Otro tanto digo de la solicitada limpieza. Un templo donde no abunden por el suelo las gotas de cera y los gargajos de físicos y viejas, ni es templo ni Cristo que lo fundó.

De admitir las iglesias, hay que admitirlas con todas sus consecuencias y asquerosidades; y quien no las quiera así, que me imite y no ponga los pies en ellas.

Rechazo también el art. 6.º por deficiente.

Nada de limitar á cinco minutos cada toque de campana, sino prohibirlos en absoluto. ¡Buenos son los curas para no ser vengativos! La murga que ahora nos dan en grandes tocatas, nos la darían en pequeñas y más frecuentes, en represalia de la limitación; y, con cortas intermitencias, todo el día estarían dale que le das á las campanas.

Cuando amaneciera, cinco minutos de soniquete; otros cinco porque se iba á abrir la iglesia. ¿Que el *sacris* estornudaba? Pues cinco más. ¿Que se anunciaba una misa? Pues toque. ¿Que el cura empezaba á revestirse? Idem. En fin, que de los mil cuatrocientos cuarenta minutos del día, sólo el pico permanecerían mudos los cencerros clericales.

Salvo estas modificaciones, el proyecto presentado al ayuntamiento de Buenos Aires me parece, no sólo aplicable, sino de urgente necesidad en todas las ciudades, villas y villorrios de España.

DESAHOGOS

II

Sr. D. José Nakens.

Mi buen amigo: No hace aún muchas horas sosteníamos en un pequeño círculo de aficionados una moderada discusión á propósito de la crítica actual en España, de sus tendencias y de sus hombres; y tuve entonces ocasión de apreciar de *visu*, experimentalmente, uno de los muchos errores y preocupaciones mal fundadas que informan á diario el medio en que nos movemos.

Hablábase, naturalmente, de Menéndez Pelayo, de Clarín, de Valera, de Cañete y de otros muchos más que no hace al caso. Callaba y escuchaba yo mientras tanto, que no gusto de predicaciones estériles, pero iba registrando con especial cuidado en mi memoria las más curiosas observaciones, y á propósito de ellas dirijo á usted hoy esta carta, con cuya serie pienso restablecer buen número de válvulas de mi seguridad intelectual.

Es tristísima la consideración que podría hacerse al pensar que en todo lo que va de siglo, aparte de la pequeña campaña del sentido común que Figaro cortó tan prematuramente con la bala de una pistola, todos ó casi todos aquellos que han dedicado su tiempo á historiar el arte ó á analizarlo, pertenecen y han pertenecido á las escuelas conservadoras ó á los campos ultramontanos. Del lado de allá están, entre otros, Pidal, Cánovas y Menéndez Pelayo, que representan tres clases distintas de información en la crítica (y no enumero más por no alargar indefinidamente este recuento): la filosofía, la política con su historia, y la literatura artística. Y no es que no podamos oponer por nuestra parte otros nombres antagónicos de los suyos (¡que sí podríamos!), sino que en la escuela conservadora todo es homogéneo y armónico. Cumplen sus hombres todo el programa entero de su escuela, sin vacilaciones ni incongruencias, sin reservas mentales y sin distinciones, y así viene siendo frecuente, por ejemplo, el oír á todos, amigos y enemigos, alabar á una la que creen enorme concesión de Fray Ceferino González, cuando éste baja desde su silla arzobispal para discutir plenamente la filosofía positivista tan inerme en España.

¿Haría otro tanto el fraile si ahí la escuela liberal fuera tan homogénea como en el orden contrario lo es la conservadora, y si entre sus filas hubieran hombres colocados á la altura de su misión?

No, indudablemente.

Porque es triste, repito, pero no por eso menos cierto, que en la escuela liberal sólo haya hombres incompletos, incapaces por lo tanto de combatir por sí solos y con la eficacia que presta la posesión de una verdad axiomática las mentiras dogmáticas que constituyen la balumba reaccionaria.

No nos faltan hombres, pero en cambio, así como su número es considerable, sus deficiencias son también extraordinarias. Pi y Margall, Castelar, González Serrano y Alas, por ejemplo, he aquí cuatro nombres escogidos al azar entre otros muchos que la escuela liberal posee y que podrían oponerse con ventaja á los que antes citaba, pertenecientes á la escuela tradicionalista, si cualquiera de ellos fuera capaz de resistir impunemente todos los reactivos de la crítica. Pi y Margall es tan solo el sostenedor de una escuela filosófica tan llena de contradicciones como impolítica, frente á los absurdos de una teocracia senil que defiende Pidal; Castelar, que representa el lirismo de la democracia hecha verbo hace treinta años, es en cambio hegeliano, espiritualista, católico, y así con esas componendas si se muestra á las veces diplomático de gabinete, está en cambio inerme para combatir todas las tradiciones de un pasado, muchos de cuyos errores es el primero en profesar y aceptar como inviolables; González Serrano, que se espanta de que la psicología fisiológica sea capaz de convertirse en la simple enumeración de hechos de un dinamismo funcional, y que pone en tela de juicio las más categóricas afirmaciones de la escuela determinista, ¿cómo puede representar los radicalismos de las ciencias naturales de hoy que barren á cañonazos las clásicas «Psicología, Lógica y Ética» que él enseña, en quienes cree, y por cuya virtud come todos los días con el salario de una enseñanza oficial tan rudimentaria como deficiente? Por último, y llegando hasta el reducido campo de la literatura sola, ¿cómo oponer frente á Menéndez Pelayo á Alas, que después de haber estado diez años peleando denodadamente contra todo lo clásico y académico, se dispone ahora á revestirse de pontifical para darnos á conocer las excelencias que sea uno de los más fervientes propagandistas de la moderna evolución naturalista,

si á la par quiere entretenerse en estudios arqueológicos, tan interesantes como perfectamente inútiles en un país donde los literatos y el público ignoran cosas de más urgente aplicación?

Menéndez Pelayo á lo menos es lógico. Ama todo lo pasado y lo tradicional, y no es capaz de renegar de una sola de sus creencias por nada ni por nadie. Nació ultramontano; se afilió al partido ultramontano; se amantó con sus ideas; á sus hombres debe su actual encumbramiento, y es agradecido y perseverante, y por eso y por su constancia y laboriosidad constituye una personalidad seria y caracterizada, cualesquiera que sean sus opiniones y sus creencias. Someterse ó dimitir. O conmigo ó contra mí.

Esto es lo que nunca deberían olvidar todos esos señores que quieren en España pasar por lugartenientes de las escuelas liberales. Pero lo que no puede tolerarse que continúe ocurriendo es que todos ellos, encumbrados los unos, decadentes los otros, principiantes anhelosos los más, ensagnen públicamente el eclecticismo más bochornoso.

Es preciso avanzar ó retroceder; colocarse á la derecha ó á la izquierda; defender lo viejo ó atacarlo de frente, pero sin distinciones ni argumentaciones escolásticas, hoy en desuso, y que cuadran muy mal con la dignidad humana.

Muchas veces pensando en esto mismo, al advertir las contradicciones en que incurren los hombres de nuestra escuela, al leer con asombro que el mismo profesor que desde el sitial elevadísimo de su cátedra, protexta contra las ingerencias del dogma en la ciencia y pide la amplia libertad del pensamiento, al otro día desde las páginas de un libro, se chace de la doctrina de la evolución y condena por antiestético el naturalismo en el arte; al observar que los hombres que se llaman á sí mismos *avanzados*, retroceden tímidamente ante las revoluciones del derecho moderno; y, en una palabra, al ver tanto hombre incompleto, tanto carácter desdibujado, tanta fisonomía brumosa, tanta inteligencia desequilibrada y tan poca unidad en los sistemas, se me ocurren dos grandes dudas.

¿Es que la moderna escuela radical no está completamente unificada, y que sus diversos aspectos, científico, artístico y político están separados por tan infranqueables lagunas, que hoy es aun imposible reunirlos en una sola fórmula, en una comun aspiración?

¿O es que todos esos hombres, ó su mayoría al menos, tienen incrustada en el cerebro la misma rutina y los mismos vicios de conformación intelectual que nuestros abuelos?

Inclínome á creer lo segundo, que no lo primero, por estar fuera de toda discusión el engranaje sólido, la cimentación apretadísima de la escuela nueva.

Desde la biología fundamental que establece la unidad de la materia organizada, hasta el derecho natural que reconoce y sanciona la unidad social dentro de la variedad orgánica, llegando hasta las menores aplicaciones del sistema, todo es perfectamente lógico, todo responde al mismo criterio, á idéntico plan y á igual fórmula ideal.

¿De qué dependerá, pues, la presente anarquía positiva entre los llamados grandes hombres, eminencias, de nuestro país?

Indudablemente de una falta de origen tan manifiesta como sensible; de una ignorancia dependiente del exclusivismo de nuestra educación social que nos hace preferir á las sólidas investigaciones del austero conocimiento de las ciencias, las innarrables derivaciones de una poesía lírica que todo lo informa entre nosotros. ¿Cómo, si no, sería posible comprender, repito, ciñéndome al examen de la personalidad de Castelar, al hombre-verbo de la democracia, defensor acérrimo al mismo tiempo de una situación religiosa que ha sido el origen de todos nuestros males y de toda nuestra decadencia moral y material?

¿Cómo sería posible, sin suponer una ignorancia supina (aun entre los que afectan más y mejor el conocimiento de su misión), comprender la existencia de republicanos que á la par sean católicos; de demócratas que son al mismo tiempo monárquicos; de literatos, *soi dissant* naturalistas, que *construyen* comedias en verso; de gentes, en fin, que por todas partes incurren en las más groseras mixtificaciones?

Por cruda que sea la afirmación es preciso formularla: vivimos rodeados de ignorantes y de malvados, no siendo estos últimos ciertamente los que tienen mayor responsabilidad en nuestros males, sino aquellos otros que, desvanecidos por la soberbia, marcados por el humo del incienso que en sus altares han quemado sus contemporáneos, olvidan que el mundo marcha y avanza sin cesar, mientras ellos permanecen parados, fijos en el mismo punto en donde por vez primera fué impresionado su ce-

rebro, sin tener en cuenta que detenerse cuando los demás avanzan, es igual que retroceder. Vivimos en un país de nulidades endiosadas, de osadías enaltecidas, donde los soldados de fortuna se cifan la faja de generalísimos, donde los politiquillos farisantes ó los grandes canallas son aclamados como hombres de Estado; donde los rapsodistas y los eruditos á la violeta ocupan las cátedras, y donde los literatuelos de gaceta y los esgrimidores del sable *decente*, suelen ser considerados como representantes de la opinión pública.

He aquí un extravío formidable; he aquí un *chauvinismo* terrible; he aquí un grave vicio de origen que repercute en todas las esferas sociales.

Hay un modo categórico para evitarlo. Dadme peritos químicos, y evitaré la falsificación de las sustancias alimenticias.

Dadme juicio crítico, y formaré una opinión sana que rechazará las mixtificaciones.

Dadme, en suma, una masa inteligente, educada, y acabará inmediatamente el reinado de las nulidades.

Suprimamos la ignorancia abajo, y dejará de ser posible el error arriba.

Continuaremos.—Siempre suyo affmo.

LUIS PARIS.

MANOJO DE FLORES MISTICAS

A ver cómo clasifica el fiscal del Supremo esta especie de juego puesto en práctica por el cura del Remedio, de Caldas de Montbuy.

Estaba el *sotana* vendiendo á un feligrés no sé qué artículo de quincallería mística, cuando llegó una beata á pagarle una misa de dos pesetas.

Inadvertidamente dijo el comprador que, ante Dios, lo mismo valía una misa que mil; y

—¡Eso es mentira!—exclamó el cura.

—Es verdad—replicó el otro.

—Falso; y en prueba de ello, juego cuatro duros á que no es cierto.

Y soltó cuatro *chulés* sobre la mesa.

—Van apostados—exclamó el feligrés sin achicarse y aprontando otros cuatro.

Asomé entonces el ama del presbítero, y, viendo el peligro que corrían los ochenta reales de su señor en una apuesta tan difícil de ventilar, recomendó que se los guardase y desistiese de la apuesta.

Así se disponía á hacerlo el tonsurado, cuando su contrincante lo impidió, diciendo:

—¡Alto! Usted ha jugado esos cuatro duros, y jugados quedan: aquí están, además, los cuatro míos.

Si usted prueba que Dios estima más mil misas que una, suyos son los ocho; y si no, míos.

Después se armó un escándalo *feroce*, y, gracias á que acudió una pareja de Guardia civil, la cosa no tuvo ulteriores consecuencias, y se deshizo el trato.

Conque díganos el Supremo cómo han de considerarse esas timbas, donde se juega nada menos que con la opinión de Dios en tan peliagudos asuntos.

Un pordiosero anciano, que acostumbra á pedir limosna en un paseo de Gracia, demandóla á un cura que pasaba por allí.

—Dios le ampare—gruñó el presbítero; y, como el mendigo insistiese, volviéndose hacia él con los peores modos del mundo, exclamando:

—¿No le he dicho á usted que Dios le ampare? ¿A qué tanto fastidiar?

En esto, un joven transeunte dijo al cura:

—¿Por qué no le contesta usted como se merece?

—Y á usted ¿qué le importa?—aulló el tonsurado.

—Me importa, porque á un hombre de edad que no puede defenderse, no se le trata de ese modo.

—Y ¿por qué me ha insultado?

—Yo no he insultado á usted—respondió el pobre.

—¿Cómo que no!—replicó el *sotana* hecho una fiera.—Si dice usted que no me ha insultado, le doy un garrotazo.—Y levantó el bastón para hacerlo.

Afortunadamente, el joven se interpuso entre el mendigo y el clérigo, y, amenazando á éste, gritó:

—Si le toca usted, le abro la cabeza.

El reverendo temió, y con razón, que cumpliera la amenaza, se arremangó las faldas, y salió de estampía entre las silbas y risas de los curiosos que se habían detenido á contemplar tan piadosa escena.

Sírvale de escarmiento al pordiosero para no volver á pedir limosna á curas, porque, tras de no dársele, recibirá insultos, y aun es posible que algo más desagradable; y conste que un cura se cree injuriado cuando le piden dinero.

Es la mayor ofensa que se le puede inferir.

Al ir el *sacris* de San Pedro de Rivas á cobrar á un feligrés tres céntimos, creo que por el asiento que ocupaba, éste le dió dos pesetas.

—¿Son buenas?—fué lo primero que se le ocurrió preguntar.

—Por tales las tengo.

—Corriente; veré si efectivamente lo son, y, en caso contrario, se las devolveré.

—Es que ha de ser antes que yo abandone la iglesia. Después no admito reclamaciones.

Volvió el *chupacirios*, le dió la vuelta, y salió el devoto del templo; pero después el *sacris* lo buscó y le dijo que las dos pesetas eran falsas.

—¿Y á mí qué?—le contestó;—hábermelas devuelto cuando estaba en el templo.

El rector, montando en cólera, demandó al feligrés; mas por desdicha suya el juez dió la razón al demandado y cargó las costas al demandante.

¡Hubo que oírle al día siguiente desde el púlpito! Tomando por base lo pernicioso que es tener ocho reales falsos, enjaretó un sermón furibundo injuriando al devoto y poniéndole de vuelta y media. ¿Sacaría veces á relucir los sesenta y ocho cuartos cuando el público ha bautizado su arenga con el mote del sermón de las dos pesetas?

Es terrible un cura cuando siente lesionada su bolsa. Ni una estocada en el corazón le duele tanto.

Cuéntame algo, Ginés amigo, cura *barbián* y *sacris* magno de la magistral de Alcalá, acerca de tu feliz excursión á la Alcarria en compañía de tu amiga la profesora, y de aquel bautizo que apadrinasteis.

—¿Es cierto que durante el baile te quedaste á la puerta de la sala en que se verificaba, y que tu amable compañera te dijo que no permanecieses allí porque podías oír alguna barbaridad?

—Lo es que luego te mandó entrar y sentarte á su lado y al de tres muchachas alcarreñas de *buten*, más dulces que las mieles de su tierra; y que, por mirarla con cierto interés, se promovió un amago de celos místicos?

—¿Por qué diste á tu hermano un empujón? ¿Fué por haberse entusiasmado bailando? Mal hecho, porque no hacía mas que confirmar los instintos de familia.

Y del regreso en carro, de noche, sin más compañía que tu amigota ni más testigos que la luna, las estrellas y el carretero, ¿qué me dices?

Pero no; más vale que no me digas nada, que harlo me figuro las gratas emociones que experimenta un presbítero viajando de noche en vehículo patriarcal y buena compañía.

El cisne negro, el *rara avis* de que habló Juvenal, lo habían encontrado los vecinos de Villena en el cura de la parroquia de Santiago, José Sánchez.

Aunque parezca mentira, trátase de un cura decente, amado por los católicos y respetado por los librepensadores, humilde, excelente hijo que vivió siempre con su anciana madre, é infatigable durante la última epidemia colérica.

Bastaban esas buenas cualidades para que todos sus compañeros de oficio le odiasen, é intriga va, intriga viene, no han parado hasta lograr que el obispo le destine (ó lo destierre, mejor dicho), á un oscuro lugar de la provincia de Murcia.

¿Ven ustedes cómo El Motin hace justicia á quien se la merece? Pero ¿ven también cómo en el clero no puede haber un individuo decente y honrado sin que se vea perseguido por sus colegas?

No se puede ser tranquilamente cura sin tener instintos más negros que la sotana.

Lo requiere el oficio.

Nuestro ilustrado y querido colega *El Liberal*, de Mahón, acaba de ser excomulgado por el obispo de Merorca.

Sea bien venido á la legión de réprobos, donde hace tiempo le esperábamos.

Le esperábamos, sí; porque un periódico que, como él, sabe distinguir entre la verdadera religión y el fanatismo, el sacerdocio tal como debiera ser y los abusos que comete el que hoy se usa, no podía librarse de los anatemas de la Iglesia, que engordan y confortan el ánimo, como puede verse por esta rolliza y bienhumorada Redacción.

Su delito para atraer los rayos de la cólera de los clericales, fué haber denunciado el que ellos comieran metiendo un cadáver en una iglesia, contra toda ley de sanidad é higiene. El de la mitra no lo pudo tolerar, y expulsó del seno de la Iglesia á nuestro querido compañero.

¡Bendito sea Manolo, que tan buena compañía nos proporciona!

Los chiquillos de Gracia han dado en la ídem de apedrear todo viático que se les pone por delante.

El otro día pescaron por su cuenta á un reverendo que llevaba á su Señor entre manos, y descargaron sobre él una lluvia de tronchazos y proyectiles similares.

El *páter* plegó el paraguas, que llevaba abierto, y se refugió prudentemente en un portal; pero aun allí no estuvo seguro, pues desde lo alto de la escalera le arrojaron un cubo de agua que lo puso más fresco que una lechuga.

«A la justicia prenden», se solía decir. «A los bautizadores bautizan», habrá que decir en adelante.

Insisto, amigo Agustín, de Santa Cruz de la Zarza, en que esa curebitácea que llevas por cabeza va de mal en peor.

¿A quién sino á ti se le ocurre ir á pedir favores á quien hiciste agravios?

Pues en esa torpeza has incurrido al dirigirte á la sociedad filarmónica *Los Amigos*, para que cantara un motete bajo el arco de tu invención, q. e. p. d.

¿Crees por ventura que á esos socios se les ha olvidado que, á poco de llegar á ésa, quisiste meterlos en la cárcel por tocar el himno de Riego?

Pues te equivocas. Tratándose de curas, todo el mundo está obligado á ser vengativo; pues hacer como hacen no es pecado mortal, ni venial siquiera.

¿Que si discurren las teresianas de San Celoni para sacar cuartos? Como demonios.

El día de su patrona apañaron en su teatro un sainete, ó cosa así, titulado *Vida de Santa Teresa*, que desempeñaron varias niñas.

Anunciaron la entrada gratis, y, efectivamente, lo fué; pero á la salida todo bicho viviente tuvo que rascarse el bolsillo, porque las actrices en flor se pusieron á la puerta con una bandeja saqueando á los incautos espectadores.

Lo cual prueba lector, si bien reparas, que en tales mojigangas religiosas todo cuesta el dinero, y aun las cosas que se anuncian de balde, salen caras.

PALOS Y PEDRADAS

El 20 del actual se verificó en Tudela de Duero la inscripción puramente civil de una niña, hija de los librepensadores D. Andrés Pérez y doña Demetria Rioja, autorizando el acto como testigos nuestros correligionarios D. Marcelo y D. Mariano Muñoz.

Asistió al juzgado numeroso acompañamiento, que antes y después de la inscripción recorrió con una orquesta las principales calles de la población, sin olvidar la en que vive el *curiano*, al que obsequiaron con los gratos acordes de la Marsellesa.

Ignoro si bailarfa, pero certifico que se pegó cuatro *pataitas*... de coraje, por los ochavos que se le escapaban.

Madrid Alegre es un nuevo, y festivo colega que, por sus intencionados grabados y las acreditadas plumas que lo redactan, ha merecido una favorable acogida del público.

Se propone celebrar una Exposición de la belleza, y los retratos que á este fin se le remitan aparecerán en el periódico, reproducidos al fotograbado. El jurado para adjudicar los valiosos premios lo compondrán todos los suscriptores.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

El Millón del tío Raclot, por Emilio Richebourg, versión castellana de Olegario Slipembak.

Esta novela, una de las más interesantes de tan respetado autor, acaba de ser publicada por *La España Editorial* en un tomo en 8.º de 308 páginas de esmerada impresión, con cerca de 150 hermosos grabados intercalados en el texto reproducidos por el fotograbado directo.

Se vende á cuatro pesetas en las oficinas de la casa editorial, Tutor, 21, Madrid, y en las principales librerías.

Medicina infantil ó instrucciones médicas que debe tener presente toda madre para auxiliar á sus hijos en todas sus enfermedades.

Con este título ha publicado el doctor en medicina don Eduardo Masip, médico de la Beneficencia provincial y directa de la casa de socorro de la Guindalera, un folleto de suma utilidad para las madres de familia.

Ignoramos si se ha puesto á la venta, pues nada indica en sus cubiertas.

Del *Diccionario biográfico, geográfico, estadístico y de la lengua española*, por D. Enrique Jaramillo y Re-

quena, ha publicado esta semana la casa editorial de E. Gutiérrez y Compañía el cuaderno número 52, á veinticinco céntimos.

OBRAS NUEVAS

GARROTAZO LIMPIO

POR JOSÉ NAKENS
PRECIO: DOS PESETAS

LAS RUINAS DE PALMIRA

Meditación sobre las revoluciones de los imperios.

seguida de *La Ley Natural*.

POR C. F. VOLNEY

Precio: una peseta.

CARTAS

CARLOS MAURICIO DE TALLEYRAND

AL OBISPO DE CLERMONT
Y AL ABATE MAURY

PRECIO: CINCUENTA CÉNTIMOS

COBA

POR

LUIS BONAFoux

PRECIO: 3 PESETAS

Los suscriptores directos á EL MOTIN, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el cuarenta por ciento de rebaja, francas de porte. Pago adelantado.

RETRATO

DEL

BRIGADIER VILLACAMPA

EDICIÓN DE LUJO

EN TRES TONOS Y EN PAPEL CARTULINA

Precio: una peseta.

Los señores corresponsales y suscriptores de EL MOTIN lo podrán obtener con la rebaja del veinticinco por ciento.

BIBLIOTECA DE EL MOTIN

EL JUDÍO ERRANTE. Célebre obra de Eugenio Sué. Tres gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LA IGLESIA Y LA MORAL, por Dom Jacobus. Dos abulta dos volúmenes.—Cinco pesetas

MORAL JESUITICA, ó sea *Contraversias del Santo Sacramento del Matrimonio*, por Tomás Sánchez (*El Cordobés*), de la Compañía de Jesús.—Cinco pesetas.

LA RELIGIÓN NATURAL, por el cura Juan Meslier.—Dos pesetas.

DIOS ANTE EL SENTIDO COMÚN, por el cura Mea-lier.—Dos pesetas.

GENTE NUEVA. Por Luis París.—Dos pesetas.

LOS SERMONES DE MI CURA. (Sátiras dedicadas á los señores párrocos), por Augusto Roussel.—Dos pesetas.

EL CONVENTO DE GOMORRA, por Santiago Souffrance.—Tres pesetas cincuenta céntimos.

ACICATE DE LA ALEGRÍA. Colección de cuentos, epigramas y frases ingeniosas todo escogido.—Una peseta.

LA SOBRINA DEL PÁRROCO, por Pedro J. Solas.—Una peseta.

LO QUE NO DEBE DECIRSE. (Quinta edición), por José Nakens.—Dos pesetas.

LOS JESUITAS. Su vida, costumbres, adulterios, asesinatos, regicidios, envenenamientos y demás pequeñeces cometidas por la célebre *Compañía de Jesús*, desde su fundación hasta la época presente, por Ignacio de Lozoza.—Dos pesetas.

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS, para que los malos se perseveren, ó sea recopilación extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores místicas* publicados por EL MOTIN.—Cuatro partes, á peseta cada una.

RETRATO DE D. MANUEL RUIZ ZORRILLA. Magnífico cromo, de exacto parecido, en doce colores, midiendo la cartulina 77 centímetros de largo por 55 de ancho.—Tres pesetas.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.